

Homenaje a Melville

La traducción de *Moby Dick*, de Herman Melville, empezada supuestamente el 16 de noviembre de 1936, se terminó el 10 de diciembre de 1939. Pero mucho antes de comenzar ese trabajo, durante por lo menos cinco o seis años, ese libro ha sido mi acompañante extranjero. En mis paseos por las colinas lo llevaba regularmente conmigo. Y entonces, cuando a veces me tocaba abordar esas grandes soledades onduladas como el mar pero inmóviles, no tenía más que sentarme, apoyar la espalda en el tronco de un pino y sacar del bolsillo ese libro que ya empezaba a agitarse,

para sentir cómo alrededor y encima de mí crecía la vida múltiple de los mares. ¡Cuántas veces escuché el silbido de los cordajes sobre mí, el movimiento de la tierra bajo mis pies como la plancha de una ballenera, el gemido del tronco del pino que se balanceaba contra mi espalda como un mástil, pesado por sus velas bamboleantes! Y al alzar la vista de la página, me parecía que Moby Dick resoplaba allí delante, al otro lado de la espuma que formaban los olivares, en la agitación de los altos robles. Pero cuando la noche profundiza nuestros espacios interiores, esa persecución a la que Melville me arrastraba se volvía más general al mismo tiempo que más personal. El flujo imaginativo proyectado en medio de las colinas podía desplomarse y las aguas ilusorias, al retirarse de mis sueños, podían secar de golpe las altas tierras en las que me hallaba. En mitad mismo de la paz (y por consiguiente en mitad también de la guerra) tienen

lugar combates formidables en los que uno participa solo y cuyo fragor es silencio para el resto del mundo. No se necesitan océanos terrestres ni monstruos válidos para todos; cada uno de nosotros tiene sus propios océanos y sus monstruos personales. Esas terribles mutilaciones internas irritarán eternamente a los hombres contra los dioses y su persecución de la gloria divina nunca es en vano. Digan lo que digan. Cuando la noche me dejaba solo, yo podía comprender mejor el alma de ese héroe púrpura que domina el libro por completo. Al regresar caminaba a mi lado; sólo tenía que dar unos pasos para unirme a él y después, en cuanto era noche cerrada, en el fondo de las tinieblas, convertirme en él. Como si al dar un paso más largo lo hubiera alcanzado y hubiese entrado en su piel, cubriéndose de pronto mi cuerpo de su cuerpo como de un gran manto; llevando su corazón en lugar del mío, yo también arrastraba pesadamente mis

heridas en los torbellinos de una enorme bestia del abismo.

El hombre tiene siempre el deseo de algún objeto monstruoso. Y su vida sólo tiene valor si la somete por completo a esa búsqueda. A menudo, no necesita ni pompa ni aparato; parece estar cautamente sumido en el trabajo de su jardín, pero interiormente hace tiempo que ha zarpado en la peligrosa cruzada de sus sueños. Nadie sabe que ha partido: parece seguir ahí, pero se halla lejos, vagando por mares prohibidos. Esa mirada que he descrito hace un momento, esa que habéis visto, que manifiestamente no podía servir para nada en este mundo, que atraviesa la materia de las cosas sin detenerse, es así porque procedía de un vigía en alta cofa y porque estaba hecha para escrutar espacios extraordinarios. Ése es el secreto de las vidas que a veces nos resultan familiares, y a menudo el secreto de nuestra propia vida. Muchas veces

el mundo conoce sólo el final de todo ese proceso: la espantosa blancura de un naufragio inexplicable que de golpe hace que el cielo aparezca cuajado de salpicaduras y de espuma. Pero en la mayoría de los casos, todo ocurre en extensiones tan vastas, con monstruos tan enormes que no queda ningún rastro, ni un solo superviviente, «y la gran mortaja que es el mar se pliega y se despliega como hace cinco mil años».

Me resultó muy fácil conseguir que Lucien Jacques compartiera mi pasión por ese libro. Algunas veladas que pasamos junto a mi hogar, cuando yo le traducía torpemente pero con entusiasmo algunos pasajes mientras fumábamos nuestras pipas, bastaron para persuadirlo. A partir de entonces Moby Dick fue parte de nuestro sueño común. No tardamos mucho en desear librarlo a los sueños de los demás. La empresa estuvo de-

cidida cuando nos pareció que el propio Melville nos daba los principios que debían regir nuestro trabajo. «Hay empresas —dice— en las que un cuidadoso desorden...», esto correspondía tan exactamente a nuestra naturaleza y a la materia del libro, que nos pareció que todo había sido decidido de antemano y que sólo teníamos que dejarnos llevar. Así pues, nos dejamos llevar. Tal como se afirma varias veces en ese libro y de manera más bella de lo que jamás podrá decirse, cuando se arponea a la ballena, hay que seguir su rastro; cuando se hunde hay que esperar-la y cuando emerge nuevamente hay que atacarla de nuevo. Así se hizo. La frase de Melville es a la vez un torrente, una montaña y un mar; yo hubiera dicho una ballena si él no hubiera demostrado perentoriamente que se puede conocer perfectamente la estructura arquitectónica de la ballena. Pero como la montaña, el torrente o el mar, su frase rueda, se eleva y vuelve a caer con

todo su misterio. Su frase arrastra, ahoga. Abre el país de las imágenes hacia las profundidades glaucas donde el lector no encuentra otra cosa que movimientos empalagosos, como un alga; o bien lo rodea de los espejismos y de los ecos de cimas desiertas donde ya no queda más aire. Propone siempre una belleza que escapa al análisis pero golpea con violencia.

Nosotros nos hemos obstinado en tratar de reproducir sus profundidades, sus simas, sus abismos y sus cumbres, sus desprendimientos, sus bosques, sus valles negros, sus precipicios y la basta estructura de la masa que lo amalgama todo.

Cuando en 1849 Melville regresó a Norteamérica después de una corta estancia en Inglaterra, llevaba un extraño equipaje. Se trataba de una cabeza embalsamada, pero era la suya. Estaba

habitado a las islas caníbales y el comercio de una cabeza separada de su legítimo heredero no le asombraba ni le espantaba. Sin embargo, esta vez se trataba de su propia cabeza; y tenía verdaderos motivos para, a lo largo de los días y de las noches, sentirla así, separada de su rudo cuerpo de marino e impregnada de un leve bálsamo, perfumado más suavemente que una mañana de mayo en el mar, que una mañana de mayo en las colinas, que una mañana de mayo en cualquier sitio; en definitiva, impregnado de un perfume indefinido y eterno.

En realidad había zarpado hacia Inglaterra con el único objetivo de consultar a sus editores. Ciertamente en ese momento ya había escrito casi todos sus libros. En fin, él pensaba que los había escrito todos. Se sentía liberado de ellos.

Era un hombre de metro ochenta y tres, con un ancho de espaldas de sesenta y siete centíme-

tros. Su rostro, un tanto alargado aunque de buen grosor, era el que corresponde a los hombres de clase, marcado por robustos pómulos, con esa suave flexión de las mejillas que tiende hacia la boca. Sin grasa, pero no delgado. Cabellos castaños con grandes ondas de un cobrizo más claro cubrían su cabeza y descendían hasta debajo de la nuca. Estaban bastante bien domesticados solamente con el peine de los dedos, salvo dos cortas aletas desaliñadas de un perfecto color cuervo que, vigorosas y rígidas como auténticas alas, se volvían hacia atrás en las sienas. Entre esas dos alas, bajo la frente lisa, satinada y combada como un pequeño vientre de muchacha, sus ojos azul grisáceo dormían, un poco perdidos, cobijados bajo férreas cejas y grandes pestañas, y a veces por orden de su corazón, se cubrían de un tono azul celeste totalmente límpido, casi opaco, como el cielo cincelado por el intenso sol de agosto. Tenía además una hermo-

sa nariz, recta, muy fuerte, bien abierta, bigotes negros y apenas un pequeño reborde de labios rosados en el medio de su barba de corte casi cuadrado a tres centímetros del mentón. ¡Así es Melville! Tenía treinta años justos: nació en 1819, el año en que vieron la luz Kingsley, Lowell, Ruskin, Whitman y la reina Victoria. Un buen año. Todos ellos con ancestros de linaje escocés cuyo origen puede remontarse hasta sir Richard de Melville, quien se alió a Eduardo I en el siglo XIII. ¡Ah!, evidentemente, su padre, Allan Melville era comerciante, pues no se llega sin pérdidas de las postrimerías del siglo XIII, y hasta resultaría monótono estar aliado con reyes durante cientos de años. Sin embargo, podría decirse que Allan era un comerciante casi noble: un importador que por necesidades de su comercio debía viajar por toda Europa. Tal vez no estuviera aliado con monarcas reales pero lo estaba siempre con ciertas personas de apariencia soberana, o

bien partía a hacer la guerra contra esos reyes del comercio y los combatía con código, balanza y tonelaje en mano.

Ahora bien, en 1814 ese padre, o a punto de serlo, Allan, tomó por esposa a Maria Gausewort. ¡Pobre querida mamá! Cuánto debe esforzarse Melville para ahuyentar el dulce bálsamo de su cabeza y poder ahora pensar en ella. Nunca, en ninguna parte, debió de haber un perfume para la pobre Maria, ni siquiera en el más bello mes de mayo. Ella era fría, delgada, material, seca, metódica, angulosa, arrogante y todo ello reunido en un ser absolutamente único a juzgar por la absoluta perfección de esos rasgos sentimentales y físicos que, ataviados con estrictos fustanes de dos centavos y armados de ballenas, se habían convertido en mistress Melville. De esos corsés femeninos de los que más tarde su hijo hablaría con tan casto humor, ella hacía un uso inmoderado. ¡Quiera Dios que fuese para envol-

ver su cuerpo con un voluptuoso ropaje! Pero desde su (no podemos decir tierna) juventud, ella había arrancado de su biblia los poemas de amor y, siendo ya madre, a menudo se sonrojaba al leer los nombres de Ruth, de Esther, de Judith, de todas esas mujeres que a fin de cuentas habían puesto al servicio de la gloria del Señor los órganos abyectos de la mujer. Su único descanso era la lectura del Libro de los Números, donde constantemente normas complementarias refuerzan la ley principal. A ella le gustaba todo lo que habla de la construcción del Templo y la enumeración de las riquezas que deben servir para la creación del Arca. Tuvo ocho hijos como hubiera podido tenerlos en un talonario de órdenes de pedidos; avergonzada cada vez por esa amarga y brutal primavera que hinchaba sus caderas, con el bebé colgado a su pecho como una coma decimal adosada a una cifra, se convirtió enseguida, con una violenta alegría, en la glacial

dueña de la economía doméstica de los Melville. A Herman, el tercero de los ocho vástagos, le pusieron el nombre del padre de su madre. Del extraordinario goce táctil de los niños, del amasado de las mamas, Herman conservaba solamente un recuerdo ingrato e incisivo, como si hubiese sido alimentado a lomos de un caballo a través de las juntas de la armadura que portaba una mujer guerrera del Ariosto. ¡Oh!, no, él siempre había tomado la leche por donde caía, y aun ahora, una gota sobre el acero siempre era una gota. Desde su más tierna infancia los barcos y el mar habían ejercido en él una profunda seducción, como todas las respiraciones potentes que provocan potentes desórdenes. No tenía más de diez años cuando, desde Nueva York, escribía a su padre y a su casa llena de orden:

Esta tarde de invierno me han llevado hasta el final del espigón que más se adentra en el mar.

Había olas gigantescas, más altas que montañas. Por todas partes los mástiles de las naves golpeaban el agua cual si fueran látigos. Y me dijeron que golpeaban el agua de la misma manera en todo el ancho mundo: en El Havre, en Liverpool y hasta en el puerto de Londres.

Su infancia fue completamente normal pero su padre decía: va muy retrasado en el habla y parece que su comprensión es un poco lenta. Cierto, para los números. West, su profesor en el Albany Classical Institute, dirá: «Me acuerdo muy bien de él. Era mi alumno preferido. Era completamente nulo en matemáticas pero muy bueno en ejercicios de escritura y en composición. Le gustaba mucho inventar y escribir historias, aunque en general la mayoría de los alumnos consideran esa tarea como algo desagradable y tratan de esquivarla a pesar de todos los castigos». En el momento en que West expresa esta

valoración, Herman, muerto en 1891, tendrá ya la cabeza llena de tierra.

Pero de momento la tiene llena de bálsamo y en sus ojos florece mayo. Reinan sus recuerdos: las islas coronadas por un sol espumoso, el silencio tranquilo de las aguas coronadas de atolones y la monstruosa corona errante que forman los tifones cuando giran a la caída de los monzones, como la corona de los reyes de Shakespeare. Aunque su bálsamo procede de una simple corona de espino. Un día se la pusieron sobre la cabeza y se hundió hasta las desabridas alas de cabellos negros que cubren sus sienes. Al retirarla, se rasgó la frente con una pequeña espina roja. Se mira en el espejo. Ahora no quedan ya huellas en su frente, pero si se toca ese lugar con el dedo, todavía está viscoso y suave como un pastel de miel.

Cuando su padre murió, tuvo que abandonar la escuela. Maria se frotó sus manos de viuda.